

RESERVOIR BOOKS

Fede Durán

La familia Berlín

Novela



Una fábula
sobre el regreso
al hogar en épocas
de ambición
e impostura

RESERVOIR BOOKS

Fede Durán
La familia Berlín

Novela

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@reservoirbooks



@reservoirbooks



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Lola Durán

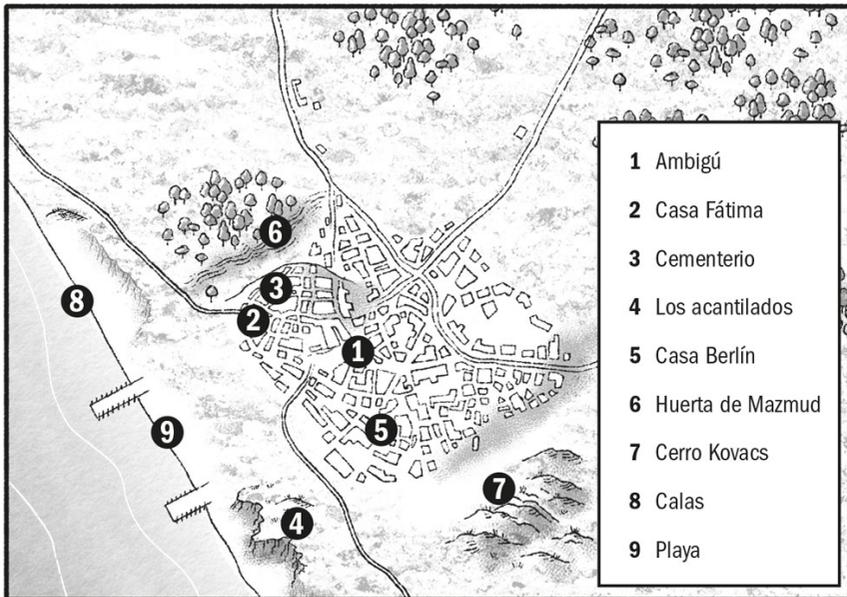
Y sobre todo mirar con inocencia. Como si no pasara nada, lo cual es cierto.

ALEJANDRA PIZARNIK

Primera parte

Los que se van

Luna Creciente en los ochenta



1

La madrugada de un viernes de agosto de 1977 Elsa Berlín depositó sobre el manto terrestre una criatura de dos kilos novecientos gramos cuyo nombre, fruto de densas deliberaciones, fue Sansón, indicio de la elevada fe que la familia tenía en el primogénito. Durante el parto, Ángel, el nuevo patriarca, entraba y salía del dormitorio donde la matrona amortiguaba los aullidos de su mujer, pues en la habitación contigua, rodeado de parientes lejanos, el padre de Elsa, Mesulán Vugman, se apagaba rápidamente. La misma casa tendía a la vez puentes a la vida y a la muerte, un espíritu deshaciéndose de su viscosa envoltura y otro desparramándose en la inmensidad del vacío.

La matrona cortó el cordón umbilical y Elsa pidió que lo conservasen hasta que tuviera fuerzas para acercarse al océano y entregarlo a las mareas, porque conocía la superstición de los gitanos y quería que Sansón, con sus dedos y orejas y pies sin tara, vinculase para siempre su suerte a las aguas. Después llegó un breve silencio. Ángel sostuvo al bebé con manos sudorosas y una sincera estupefacción, buscó alguna verdad cósmica en sus ojos acuosos y lo entregó de nuevo a la madre antes de partir hacia el otro frente, donde el silencio no era tan breve.

Alguien, un señor quizás igual de viejo que el moribundo, creyó captar un susurro del abuelo, y tras unos minutos de lenta digestión anunció que Mesulán, colocado ya al

borde mismo del acantilado, deseaba escuchar la voz de su hija y el llanto de su nieto antes de hacer las maletas camino del Gehena. Elsa habló alto entonces, como si se dirigiese a los titanes de la antigua Grecia, y su timbre traspasó las paredes, sorteó los umbrales y golpeó los tímpanos del lúcido pero vaporoso Vugman.

—Es un niño. Está de una pieza. Respira y babea. Tiene la piel sonrosada. Agita las piernecitas. Hay una media sonrisa en sus labios diminutos.

Con los cascajos de su fuerza, derretida al compás de las horas, el abuelo agitó una mano que parecía espantar la guadaña. También quería verlo.

—Trae al mocoso —le siseó al yerno. Aún había humor en su alma.

Ángel regresó al lecho conyugal y comunicó el último deseo del hombre. Elsa, refulgente y extenuada, se enfrentó así a su primer dilema como madre: conceder semejante deseo significaba someter al recién parido al encuentro con la oscuridad. Ángel intervino para disipar dudas.

—Protegerle de las inclemencias no servirá de nada, Elsa. Cuanto antes conozca los procesos elementales de la biología, mejor.

—Toma. Llévaselo. —Elsa asintió.

Ángel se presentó ante el abuelo enarbolando tímidamente al nieto, que aún zarandeaba las extremidades pero no emitía sonido alguno. Mesulán, que lo tenía al fin a un palmo de distancia, alargó la mano agrietada y deslizó los dedos por sus piernas de albaricoque, produciéndose entonces un breve encuentro visual donde siglos de esperanza se vertieron del receptáculo vencido a la vasija potencial.

Completado el trasvase, con la primera luz del nuevo día, Mesulán decidió morir.

Sansón Berlín descubrió pronto el mecanismo elemental de la tierna infancia: cualquier propósito quedaba a tiro de llo-rera. En Luna Creciente, el pueblo a orillas del Atlántico donde nació, los alientos se contenían cuando el niño or-questaba uno de sus berrinches. Las ancianas del lugar, amasadoras de nietos, bisnietos y a veces incluso tataranie-tos, intentaban acunarle en sus regazos de faldas negras, pero Sansón detectaba extrañas partículas en el olor de esas pieles e intensificaba la protesta, y el fardo pasaba a otro tipo de manos, generalmente de muchacha turgente. Entonces el berrinche cesaba, las ancianas sonreían aliviadas y Sansón cerraba los ojos y respiraba una brisa cuyo re-cuerdo salado y granuloso nunca le abandonaría.

Los pescadores, sin embargo, nunca se le acercaban. Aunque admirasen el desparpajo del niño, intuían el peli-gro que representaba.

—Un mujeriego prematuro, eso es lo que es —sentencia-ban sin dejar de remendar sus redes.

No era Luna Creciente un microcosmos cualquiera. Entre sus callejas brotaban también negocios ajenos a las cos-tumbres del mar: diteros, abogados e ingenieros de mon-tes y caminos convivían con una minúscula pero febril co-munidad de artesanos. Había judíos, cristianos y musulma-nes. En los expositores del mercado coleaba el pescado que después perfumaba las casitas blancas de una sola planta; bajo el sol maduraban melones amarillos y sandías

del tamaño de una rueda. Y había un murmullo tenaz, las conversaciones creaban una sinfonía de ciempiés que sólo al caer la noche, y no siempre, llegaba a apagarse.

Ángel Berlín era el hijo de un teniente destinado al lugar durante la guerra, un tipo taciturno y sin carisma, y de una corajuda mujer de sociedad que habría valido para ministra. De niño fue un harapo desgarbado que no soportaba el contacto humano. Una caricia, un pellizco en la mejilla o una suave colleja le impulsaban a salir volando. Sólo apreciaba la previsibilidad de su tata, adiestrada en la sosera, y el orden de los lápices, cuadernos, sacapuntas y gomas de borrar apilados en su mesita. El tictac del reloj de pared que el teniente había comprado en un arrebató ocupaba también un lugar especial en su corazón porque generaba cohesión y rutina. Creció en un hogar de observancia judaica mínima y en la escuela fue recibido con la calidez que el cargo del padre aconsejaba, pero no por ello se durmió en los laureles. Su poderosa aritmética dejó en evidencia a los profesores antes de cumplir diez años, habilidad que no bastó para alcanzar las altas esferas financieras, ya que su carácter introspectivo lo empujaría a ser un mero contable de provincias.

En las sombras del despacho doméstico tenía Ángel su santuario. Imponía silencio en el hogar al enfrascarse en las cuentas, y conforme el cálculo avanzaba, juntando filas y columnas a media voz igual que en un rezo; los números lo poseían hasta privarle de sentidos tan elementales como el tacto o el olfato. Todo se desdibujaba a su alrededor mientras repetía cifras enfatizando los decimales, como si esos fragmentos de verdad matemática emanasen del Talmud.

Era Ángel Berlín un contable tan metódico que sabía el inventario exacto de casas, calles, esquinas, plazas, farolas, generadores, parras, chumberas y merenderos de Luna Creciente. Cuando alguien se resistía a contratarle, el señor Berlín se entregaba al ensalzamiento numérico y al cabo de treinta minutos hasta el mayor de los escépticos acababa entregándose a su fe intimidado por la cábala que flotaba incluso entre urtas y rascacios. Ángel, por otra parte, era un hombre honesto, y en sus tablas de cifras reinaban la pulcritud y el progreso, de manera que el negocio tutelado, fuera el que fuese, mantenía cuando menos el mismo vigor o la misma debilidad que antes de serle entregado.

Fermín Leal, su amigo y confidente, le espetó una vez:

—Bien, Ángel, y si el negocio sigue como estaba a pesar de tus servicios, ¿de qué sirven tus servicios?

—La belleza reside en la estructura, Fermín —contestó el patriarca Berlín apurando su vasito de aguardiente.

Fermín apuró también el suyo y comparó la belleza de la mujer de su amigo con las termas de Caracalla.

Elsa, ah, Elsa.

Elsa no pertenecía a la misma tribu que Ángel. El método cartesiano del marido contrastaba con la resuelta plasticidad de la esposa. Su padre, el marchante Mesulán, enviudó al poco de nacer su única hija. El hombre encontró refugio en la compraventa de telas; utilizaba el bajo de su casa como tienda, donde despachaba el género que las mujeres de Luna Creciente adquirirían para confeccionar sus vestidos, normalmente sacos de patatas que sólo se diferenciaban por el color o el estampado. Elsa era su agregada, una muñeca callada que observaba el desempeño del proge-

tor, cuya delicadeza y urbanidad descolocaban a aquellas señoras sobrias de caderas anchas y miras estrechas.

Cuando creció, Elsa aprendió el oficio de modista. Desde el primer día sus patronos flotaron sobre las convenciones como las estrellas sobre la tierra, ajenas a la inercia de lo cotidiano. Tenía fama de maledicente y atrevida, pero ninguna mujer quería renunciar a su compañía, tan luminosa y arrolladora era. En su taller crepitaban las máquinas de coser pero también conversaciones plagadas de ideas extranjerizantes, y cada una de las señoras de Luna Creciente ansiaba reunir las pesetas necesarias para encargarse de un vestido, porque el vestido era un salvoconducto al continente secreto de Elsa, un lugar donde se oían palabras como «falansterio» o «jipijapa», un reducto de aire fresco en una sociedad anquilosada.

Ni siquiera su condición de madre distrajo a Elsa del propósito último, que era la creación, el trazo libre, el volante audaz. La señora Berlín conservaba su agenda y sus inquietudes sin olvidar la teta. Si la mercería era el punto A y el almuerzo con la mujer del alcalde el punto B, Elsa se las apañaba para organizar el repostaje: Sansón mamaba entonces como un descosido y luego se dormía. Le gustaba descansar sobre una esterilla, con la almohadita de plumas entre sus brazos y el osito sin nariz ni pelo como almohadita. La puerta del hogar siempre permanecía abierta y retadora, de modo que al rato el mocoso gateaba dispuesto a reanudar sus pesquisas en el vasto mundo exterior, donde se imaginaba mecido por jóvenes amazonas.

Con dos años, Sansón era capaz de hilvanar monólogos de cierta complejidad, aptitud que le granjeó el respeto unánime del pueblo. Apoyado en una sorprendente memoria, su vocabulario era lo único que engordaba, y lo hacía a la velocidad del trueno. Una mañana, bípedo a tiempo parcial y escuálido a jornada completa, Elsa lo sorprendió ante el váter sujetándose el pene y proyectando un chorrito insuficiente. El hijo ofreció una disculpa tan ponderada («Lo sé, mamá, es una meada menguante») que ella no tuvo más remedio que reír, primero a borbotones y después desbocadamente, haciendo reverberar el techo y las paredes, silenciando los relojes, la lavadora y el frigorífico, alarmando a Ángel y convirtiendo el álgebra en un asunto secundario.

La cualidad de caminante también multiplicó los estímulos del niño. Junto a su madre pisoteaba la arena de la playa atento a las barcas, al desfile invertido de los cangrejos, a las concavidades rocosas rebosantes de camarones y a cualquier manifestación de la anatomía femenina. Una dama francesa veraneó por aquella época en Luna Creciente. Bajaba temprano a la playa, dando largos paseos y remojándose los pies en los riachuelos que formaban las mareas. En cierta ocasión, aferrado al fino índice de Elsa, allá en las calas donde mamá desmigajaba sus crisis creativas, Sansón la vio desnudarse, dos pechos menudos y firmes, un trasero de hormigón, las piernas de antílope y la piel lustrosa.

—¿Te gusta, granujilla? —preguntó Elsa.

—Mamá —dijo Sansón sin apartar la vista de la francesa—, ¿por qué nosotros no nos desnudamos?

—Porque somos judíos y piadosos y respetamos el listón mínimo de la salvación, hijo, no vaya a ser que todo lo que

está escrito sea verdad.

—Mamá, entonces yo prefiero ser cristiano.

Y Elsa, que hasta la fecha había idolatrado la libertad y el refinamiento que manaban de la docta Francia, cogió en brazos a Sansón, lanzó a la ninfa una mirada de reproche y regresó presurosa al recatado ambiente local.

A los tres años, Sansón descubrió el gusto por las letras.

Jacinto Caravante era un cristiano viejo y estrafalario que montaba guardia junto a la ventana más luminosa del Ambigú, el cafetín aproximadamente bohemio de Luna Creciente, con un libro en ristre y una túnica tropical cubriendo su inmenso cuerpo de soldador. En su incansable sondeo callejero, Sansón venía a repostar a menudo al bar y se paraba frente a Caravante, que bajaba lento los brazos y el libro y despiezaba al intruso con aires de ceremonia.

—¡El pequeño Berlín! —constataba cavernoso mientras peinaba páginas en busca del pasaje que le leería en voz alta.

Tras la barra, Useín, el camarero, casi tan viejo como el mismo Caravante, buscaba un vaso, lo llenaba de agua fría y se lo entregaba al duendecillo, al que nadie conoció nunca un derrame pese a su corta edad. El niño, de natural parlanchín, quedaba extasiado ante el relato de Caravante, que recreaba con giros musicales las aventuras de hidalgos locos, corsarios barbudos y harapientos buscavidas del Misisipi.

Una tarde, alejándose del rumor familiar de agujas y ábacos, Sansón acertó a ver un volumen arco iris en el regazo

de Caravante. El gigantón, embutido en un poncho imposible de beatnik, rugió mientras el zagal se acercaba:

—¡Ahí viene, amigos! ¡El adelantado, el precipitado Berlín! ¡Avergonzaos, ciudadanos de Luna Creciente, porque he aquí una mota de polvo más ávida de conocimiento que todos vosotros, hombres crecidos con estudios o sin ellos, porque no hay escuela más vigente que la vida!

Useín colmó el vaso, Sansón zigzagueó hacia el fogoso lector y el fogoso lector ofrendó a los dioses las páginas apergaminadas de una novela cuya sinopsis fue declamada en el tono más majestuoso jamás soportado por los tabiques del Ambigú. Sansón quiso saber más sobre aquel maestro y aquella muchacha: quién era Asaselo, por qué volaba Margarita, cuántas vidas tenía Beguemot y dónde conoció Bulgákov a Jesucristo, el judío díscolo del que a veces papá despotricaba.

Aquella historia supuso para el niño una epifanía, y fueron innumerables las ocasiones en que pidió al coloso Caravante la lectura de nuevos episodios hasta que un día, exhausto por el bucle diabólico de la reiteración, el propio Caravante se rasgó las vestiduras, entregó el volumen a Sansón a modo de regalo no retornable y exigió a Useín una botella del peor licor de la casa.

—Lárgate, Berlincito, yo ya no puedo ayudarte —dijo derrotado.

Sansón, que se sabía receptor de una valiosa reliquia, obedeció al cristiano viejo no sin antes vislumbrar en sus pupilas un espectro de tristeza. Años después, rondando ya la chochera, Jacinto Caravante confesó al padre Mariano, el cura flaco del pueblo, las razones de aquella desazón.

—Un ser embrujado ese Berlín, santidad.

—No me llames santidad, hombre de Dios.

—Iluminado y maldito, monseñor.

—Eres un aspensor de rangos, Jacinto. Y bebes con la misma alegría.

—Bebía y leía, su eminencia. Hasta que el chaval me mató. Porque no fue una pérdida cualquiera —llegado a este punto ya bramaba—: ¡hablamos de Bulgákov, maldición! Yo amaba esa trama, esa excursión al templo de Jerusalén, ese narrador en el cogote de Poncio Pilatos, las vistas cenitales, el caleidoscopio de Satán, los tranvías arrolladores y la misma Rusia gigante y puerca de siempre.

—No hay vidas suficientes para un millón de lecturas y tampoco merece la pena enredarse en una sola. —El padre Mariano era pragmático—. Aunque, bien mirado, podrías centrarte en el Nuevo Testamento. Así ascenderías con los deberes hechos.

—Dejé de leer, padre. Lo dejé por completo. Era incapaz de regresar al Ambigú por miedo a que el diablillo se encaprichase con otro título y me masacrara a preguntas y peticiones. Y así he perdido mis días y mis ideas, y ahora soy un desierto. ¡Que el señor me acoja en su seno sin pedirme demasiado!

Para comprender la idiosincrasia de Luna Creciente sería preciso mencionar la enrevesada articulación de los vientos de levante. El horizonte anaranjado, las serpentinas de arena, los cardos rodando hacia la orilla, el silbido constante, los portazos y los goznes machacados forjaban entre sus